

TEATRO

*El humor de un genio inmortal***ORSON WELLES,
SU SEGURO SERVIDOR**

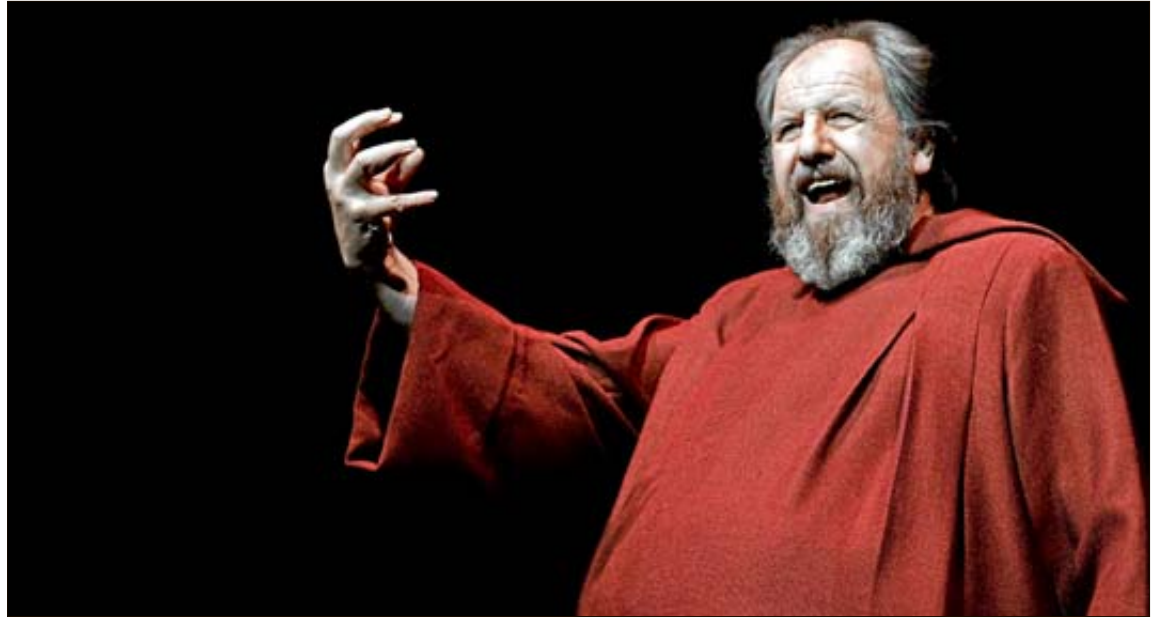
Autor: Richard France./ Versión y dirección: Esteve Riambau./ Reparto: Josep María Pou y Jaume Ulléd./ Escenografía: Ramón Simó./ Iluminación: Pep Gámiz./ Esenario: Bellas Artes (Madrid).
Calificación: ★★

JAVIER VILLÁN

Cuando estrenó *Macbeth*, un crítico le puso a Welles a parir. Uno de los figurantes negros se ofreció a Welles para hacerle *beriberi* al contumaz criticón, Welles dijo que adelante y al día siguiente de hacerle *beriberi*, el crítico la palmó. Esto lo cuenta Pou en Orson Welles, su seguro servidor. Y aprovecha Pou para avisar que si hay algún crítico en la sala, que se ande con ojo.

Pou es un notable hombre de teatro y un actor de rara personalidad, que conste. Y no lo digo por miedo al *beriberi* de algún brujo, aunque pudiera ser. Ése es uno de los momentos de mejor humor de un Welles viejo y amargado, que con frecuencia atribuye a una crítica indocta sus fracasos.

Independientemente de que yo no crea en el fracaso de este genio polivalente, la recurrencia a la malquerencia de la crítica sueña a impostada y traída por los pelos. Es evidente que los críticos no están capacitados para entender la sobredimensión de los genios; pero genios hay muy pocos y la crítica, con mayor o menor



El actor José María Pou en un momento de su interpretación de Orson Welles. / EFE

conocimiento, no suele ser culpable de casi nada; a lo sumo de la propia incapacidad.

El calificativo de genio se lo ganó Welles desde *La guerra de los mundos*, aterradora pieza radiofónica; y no digamos desde su primera película *Ciudadano Kane*. Ésta fue un estigma que lo enfrentó al magnate Randolph Hearst y a buena parte de la industria de Hollywood de por vida. Luego vino la sombría e infame *caza de brujas*, que también le tocó. Sus cenizas descansan en Valcargado, predio de su admirado Antonio Ordóñez.

Además de todo lo que fue, Or-

son también quiso ser torero. O sea que Pou puede estar tranquilo: la crítica no destruye a un genio. Es más fácil inventarse una dorada mediocridad que acabar con un genio. Y menos si ese genio se llama Orson Welles.

Esteve Riambau presenta un Welles acabado, que Pou se toma al pie de la letra: un Welles definitivamente crepuscular. Graba anuncios bien remunerados para sobrevivir y no abandona del todo sus sueños.

Con el eficaz contrapunto de un técnico de sonido (Jaume Ulléd) rememora sus grandezas, sus luchas y el gran fracaso de

no poder terminar, por falta de financiación, su obra más querida: *don Quijote*. Pou hace un Orson lastimero, más atento a una identificación física y sentimental que al carácter indomable de Welles.

Esa deriva al público le gusta y aplaude con fervor. De haber aplaudido igual a Orson Welles en algunas de sus películas y en muchas de sus aventuras, a éste le hubiera sido fácil conseguir dinero para otras. Por cierto, aunque me hagan *beriberi* (supongo que así se escribe) a mí tampoco me gustó *La dama de Shangai* (¿piedad por la Hayworth?). Pese a la escena genial de los espejos.